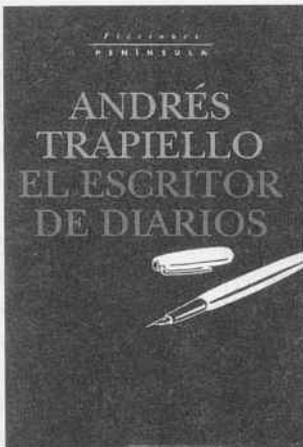


*El escritor de diarios. Historia de un desplazamiento*

Barcelona: Península, 1998



QUE ESTE LIBRO vaya dedicado a Manuel Borrás, director y fundador de la Editorial Pre-Textos, debería dar pie para una mediana meditación sobre los derroteros de la edición literaria en España. De entrada, apunta a una verdad un poco simple pero muy pertinente para el caso: un género literario lo respalda un editor pero son autor y editor quienes inventan un público para ese género. Y sin duda ese público, aunque minoritario, empieza a tener en las letras españolas cara y ojos, o un primer esbozo de retrato. Entre otras cosas porque existe una expectativa minoritaria pero estable y fiel relacionada con la literatura divagatoria y confesional que cumplen los diarios y los dietarios. Manuel Borrás ha sido el editor que en los últimos años ha puesto más empeño en mirar el género, junto con la colección Los Cuatro Vientos, de Renacimiento, en los años noventa y algo antes la editorial pamplonesa Pamiela -que es la que ha publicado la mayor parte de los libros misceláneos y diarísticos de Miguel Sánchez-Ostiz, aunque no todos. *Las Estancias del Nautilus*, que es un gran libro de rarezas emparentables con alguna derivación del género, está impreso también en casa de Borrás.

Entre las tres mil páginas editadas del diario de Trapiello, su *Salón de los pasos perdidos*, recuerdo que hay unas cuantas en el primer volumen dedicadas a registrar el menosprecio de los editores por este tipo de literatura. Son un indicio inmediato de la reticencia cultural y literaria que España ha sentido hacia el género, pese a tener escritores dotados para él - y que buscaron sus propias vías de desarrollo en el artículo periodístico, la columna, la crítica literaria o la misma transformación interior de la novela. El despertar de los estudios sobre la literatura confesional y autobiográfica ha sido seguramente el responsable último de que la universidad vaya asumiendo que también ese género tiene nombres españoles.

En *El escritor de diarios*, Andrés Trapiello propone la primera aproximación española de alguna ambición teórica a las condiciones del género y a la vida esquiva que ha llevado en las letras españolas. Muchas de las cosas que escribe Trapiello se las hemos leído aquí y allá, en artículos literarios o

en muchas de las entradas de sus diarios (por eso me parece pertinente que las últimas cien páginas de este libro de doscientas cincuenta recopilen los prólogos y solapas que ha escrito para cada tomo, y seleccione los lugares de su diario en que ha reflexionado sobre el asunto -en obediencia a una de las normas intrínsecas más severas del género-). No son muchos más los lugares españoles donde puede encontrarse un análisis competente y de primera mano sobre el caso. Para las letras catalanas, Enric Bou dedicó al diario varias páginas de sus *Papers privats* (Edicions 62) y muy recientemente un libro de José Muñoz Millanes, *Modos y afectos del fragmento* (Pre-Textos, 1998), incluye un extenso trabajo sobre el diario en su derivación más lírica y contemplativa, la del catalán Marià Manent. Pero la obra de referencia en el ámbito español será para un tiempo -junto a este mismo libro de Trapiello, evidentemente- el monográfico que preparó Laura Freixas para *Revista de Occidente* (182-183, julio-agosto de 1996) y, en particular, el trabajo más completo del volumen, el de Anna Caballé. No se me escapa que es la directora de la revista en que estoy escribiendo, pero tampoco quisiera callar que no hay precedentes anteriores con el propósito de seleccionar y glosar los méritos de los diaristas españoles contemporáneos, con el límite en 1975, que cumple también Trapiello. Y si se puede -y se debe- disentir de esta o aquella apreciación, resulta aleccionador compararlo con la nómina que ha propuesto Trapiello. Fundamentalmente porque ninguna de las dos coincidirá con la que cada cual se haría para sí mismo, y sin embargo el lector acepta gratamente las dos no sólo porque son muy parecidas sino porque tampoco pueden dejar de serlo.

Pero estoy hablando sólo de uno de los capítulos del libro, el de carácter histórico y referido a la España del siglo XX. La arbitrariedad, la parcialidad y el buen sentido del ensayista que es Trapiello conducen por los títulos que prefiere de las letras del siglo XX y mientras a algunos nos parecerá excesiva la desprendida generosidad con que trata a Alejandro Sawa y sus *Iluminaciones en la sombra*, a otros les irritará más aún la sombra de censura moral que planea sobre el comentario a Manuel Azaña. Aunque en esto coincidirá -desde luego, involuntariamente- con ese reproche de irresponsabilidad política que alguna vez ha formulado Manuel Vázquez Montalbán. Y quizá es ese uno de los aspectos

que más alejan a este libro del ensayo de vitola académica: Trapiello escribe sin muchos reparos lo que le parece en cada caso, sin atender a criterios complementarios o equilibradores de una opinión contundente. Incluso a menudo es la afinidad o la aversión hacia la biografía del escritor la que dicta el comentario al diario, como si hubiesen de ser cosas necesariamente asociadas. Y a lo mejor lo son muchas veces, pero sigue siendo verdad que el pozo de la más negra ignominia puede seguir reflejando muy alta literatura.

Pero los capítulos más estimulantes para el lector aficionado a los diarios son también otros, aquellos en los que especula en clave teórica sobre los problemas que plantea el diario al escritor y las soluciones que puede adoptar -o adopta, a veces sin mucha premeditación-. La conciencia literaria y la escritura como oficio es una de las más obvias conclusiones, pero lo son algunas más como la delgadez de la frontera del diario con la novela, tan versátil de suyo, y tan a menudo acogida precisamente al formato del diario ficticio: "los diarios son algo muy elaborado, o deberían serlo, sin haber perdido la naturalidad". Con razón Mainer ha recordado más de una vez el juicio del poeta Jon Juaristi, cuando valoraba al personaje de los diarios del mismo Trapiello por encima de muchos de los personajes de tantas novelas.

Los recursos y procedimientos que concurren en esas páginas son muchas veces de transparente estirpe narrativa: es un género de escritores, distinto de la mera transcripción confesional y abrupta, tosca y espontánea, banal y prescindible -aunque tenga también algo de todo esto-. Si la novela es género definido por su naturaleza híbrida y heteróclita, otro tanto cabe decir del diario y el dietario porque se alimentan de estrategias semejantes y ninguno de los dos géneros -diario y novela- renuncia a ser el género necesario de la modernidad: fragmentación, subjetividad, heterogeneidad, dispersión, lirismo. La caracterización que propone Trapiello atañe al diario de escritor, y por eso irrita tanto al autor un diario tan insípido y egolátrico como el de José Saramago, pero ha de aprobar reverentemente los de un Cesare Pavese, un Jünger, un Torga o un Julien Green. Y de todos ellos proceden muchas veces las observaciones que va anudando con la libertad propia del diarista.

Las consideraciones teóricas son muchas veces brillantes, y cede a menudo Trapiello a una de las patologías más visibles del diarista, el estilo aforístico o el desplante verbal. Cuando acierta, sin embargo, lo hace con la intuición despierta y la tentación del legislador: "la desdicha en estado puro excluye enteramente la escritura". Es verdad también que el lector echará de menos desarrollos más extensos y completos de ideas y sugerencias. Casi nunca van apoyadas en referencias teóricas o críticas, aunque a veces se cita algún texto muy clásico, como el de Blanchot (de quien no obstante difiere, con buen sentido, en más de una ocasión). Nunca se cita nada con la referencia completa para evacuar y contrastar el texto y tampoco hubiese afeado el volumen una bibliografía final, o comentada, que ayudase a seguir leyendo al lector curioso (que es, me parece, el destinatario implícito y explícito del libro).

Siguen quedando muchas cosas pendientes, por fortuna: un extenso y minucioso artículo merecería la lectura en clave de diario de mucho articulismo o columnismo periodístico contemporáneo -y los casos van desde Clarín, Unamuno, Baroja o Azorín hasta Josep Pla, Joan Fuster o Francisco Umbral-, aunque eso significase entrar de lleno en la discusión sobre los límites literarios de la intimidad o, mejor aún, sobre la inoperancia de ese concepto para interpretar un género literario. No menos suculenta habría de salir una buena monografía sobre las posibilidades de determinar diseños o formatos estables para el diario y para el dietario -los apuntaba Caballé, los ronda Trapiello, pero es asunto todavía muy provisional-. Y aun más cosas que apunta sólo Trapiello y alguien habrá de estudiar con calma, como la natu-

raleza diarística de algunos epistolarios, la conciencia de registro moral, civil y cultural de la propia persona que hay detrás de los epistológrafos más persistentes, pero también la intrusión clara del tono del diario en algunos ensayistas expresamente ajenos a la asepsia doctrinal o la rigidez dogmática -hay una hermosa pero muy breve conjetura en torno a los *Essais* de Montaigne, que fácilmente podría desplazarse a partes de la obra de Ortega o de María Zambrano-, la porosidad de la frontera entre el cuaderno de notas y aforismos y el diario o el dietario, etc.

Pero conviene reparar en una cosa más: el retrato del diarista que sale de este libro, y cuyas fuentes son, ya lo he dicho, de autores muy diversos, está lejos muchas veces del retrato del diarista que es el propio Trapiello. Se asegura alguna vez que el diarista se ha de conocer antes que nada a sí mismo, cuando tantas veces el diario es justamente un revelado fotográfico interminable del propio autor, en sus autoengaños y sus disfraces, sus máscaras y sus poses, sus insidias aviesas y sus coqueterías pueriles. El diarista se revela a sí mismo en la escritura, poniendo por escrito la introspección misma que es la escritura del diario, por mucho que en la transcripción definitiva recorte y pegue a conveniencia. Pero también lo he dicho arriba: *El escritor de diarios* carece de pretensiones académicas, tiene aires contagiosos y quiere ser antes que nada un ensayo legible sobre un género literario, no sobre una forma culta y privada de terapia ansiolítica.

Jordi Gracia